

# Tarde en Huitzilac

Tedi López Mills

*Para Hugo Gola*

Supongamos que todo estuvo ahí:  
las hilachas del sol sobre una ladera  
que cuidaba su propio cultivo de sombras,  
el árbol imaginado  
desde la orilla de la ciudad  
como una fricción recurrente de ramas  
en la memoria que busca  
otro árbol para fracturar el molde,  
otra postura del eucalipto  
para inventar una forma,  
una prueba de que el día vino  
con su cuota de objetos,  
su volumen de naturaleza intacta.

Supongamos que ese jardín  
tuvo su propia ascendencia;  
que el barranco domado por la casa  
cedió su intemperie  
a cambio de la baraja de tonos  
repartida desigualmente  
entre el régimen insubordinado del pasto  
y las calles sueltas como cintas desde lejos;  
que la ruta del campo fue el retorno  
a una edad menos sólida de los cuerpos,  
cuando el aire y la piel  
trashumaban en un mismo flanco de la luz.

Supongamos que en ese declive de la tierra  
durante dos o tres horas junto a la fogata  
hubo una civilización y luego su ruina,  
un estilo estrecho de la frase  
y otro idioma de silencios  
esculpido en la aldea de la boca,  
otra versión de la persona  
más clemente que nuestros contornos  
descompuestos en la arcadia de una colina,

como las figuras de un tiempo  
carcomido por la campaña seca  
de unas cuantas voces.  
Supongamos que tuvo sentido  
proclamar el *make it new* en polvo morelense,  
el molino de Montale y su agua veteada,  
el “Dante y yo” mitigado  
por el falso trópico de la fronda  
que anulaba toda noción de testigos,  
salvo el perro de la cuadra  
uncido a la reja de alambres,  
que recibía nuestros dardos de carne  
como un mártir condenado  
a imitar la quietud del pavimento.

Supongamos que todo ocurrió:  
primero la polémica de hábitos  
más allá del paisaje,  
el arte o la ira de la defensa;  
luego la duda moral  
en las cuestas de Huitzilac,  
a ratos la alianza  
entre una tradición y el grito;  
que hubo al final  
el gorjeo tan deseado  
de un ave diminuta,  
la melancolía dilatada  
de un burro pasajero  
frente a la barda de piedra,  
y que la falla de origen  
en ese fasto bucólico  
no fue la extensa gramática de los comensales  
sino la avaricia imparcial de esa tarde,  
que dispuso dar otra vez de sí  
tan sólo una idea más, imperfecta.